

# REVISTA CASTELLANA

LITERATURA • HISTORIA • CIENCIAS • ARTES

DIRECTOR: NARCISO ALONSO CORTES

ADMINISTRACIÓN: FERRARI, 4 &amp; 6.—VALLADOLID

P 038

## Manuel del Palacio

### I

La Academia Española ha tenido el buen acuerdo de iniciar una *Biblioteca* de clásicos modernos con las poesías escogidas de Manuel del Palacio. Va al frente de ellas un prólogo muy notable de D. Jacinto Octavio Picón, que en pocas páginas deja cabal y exactamente definida la personalidad literaria de aquel poeta.

En este tráfago incesante de la vida, cada vez más confuso y agitado, se borran rápidamente las figuras de más relieve, para dar lugar a otras que ocupan la escena con no mayor persistencia. La fama y el renombre son hoy cosas muy efímeras. Suelen acabar cuando la vida del individuo, y a veces antes que ella.

Manuel del Palacio jugó un papel importantísimo, no sólo en la poesía, sino en la política y el periodismo del siglo XIX. Hoy—¿cómo no?—se conserva su memoria, y en especial los hombre doctos tienen perfecta idea de su valer; mas su persona y obras no son tan conocidas del público en general como deberían serlo.

No creo, pues, que esté de más dedicar unas páginas a la vida y obras de aquel insigne escritor.

### \*

Simón del Palacio, padre de Manuel, fué un soldado de la madera de los guerrilleros. Había nacido en Rabanal del Camino, provincia de León. Sus padres, que eran labradores, intentaron dedicarle a la carrera eclesiástica, para lo cual le pusieron en un convento de Astorga; mas él, no conforme con tales propósitos, separóse de su familia cuando tenía diez y siete años, y sentó plaza en el regimiento de Borbón. Entrando bien pronto en campaña, en 1798 luchó en las Baleares contra los ingleses, que le hicieron prisionero.

Al llegar el año memorable de 1808 era ya sargento. En las calles de Madrid combatió denodadamente el día 2 de Mayo; contribuyó a la defensa del Parque; vió caer heridos a Daoiz y Velarde, y, por último, hubo de rendirse en poder de los franceses. En un primoroso relato

de su hijo Manuel, titulado *El sargento Simón*, puede verse cómo milagrosamente se salvó entre un grupo de patriotas que fué arcabuceado.

Simón del Palacio se lanzó nuevamente con ardor a los campos de batalla. Estuvo con el duque de Alburquerque en Uclés y Medellín, y, herido y prisionero en este último punto, logró mañosamente fugarse; con el ejército de Castilla la Vieja asistió a la batalla de Almonacid, donde recibió otra herida; y en la de Ocaña, tan desastrosa para nuestras tropas, cayó de nuevo prisionero, acribillado a sablazos.

En estado grave quedó el sargento Simón en el hospital de Yepes; mas todavía tuvo fuerzas para escaparse en la misma noche de su ingreso, refugiándose en casa del médico titular del pueblo. Cerca de un año tardó en curar, y apenas se vió sano corrió a incorporarse a los ejércitos. «Presentóse—dice un fragmento de su hoja de servicios, que nos da a conocer su hijo Manuel,—a D. Juan Martín *el Empecinado*, y éste le destinó, en la clase de sargento primero que tenía, a voluntarios de Madrid, por su nueva creación, y con él se halló en las acciones siguientes: en la de Priego, el 24 de Febrero de 1811; en la de Molina de Aragón, el 9 de Marzo; en Somosierra, el 18 de Mayo; en el Puente de Revenga, el 10 del mismo, y el 11 en el Real Sitio de San Ildefonso, en donde entró con 40 hombres de su compañía, y después de tres cuartos de hora de fuego, y las bocacalles tomadas para impedir su salida, a más de haber perdido algunos hombres, fué herido de tres balas: la una le entró por el carrillo izquierdo y salió por el derecho; otra quedándose debajo de la quijada, y la tercera que le rompió el dedo pulgar de la mano izquierda, y todo sin desamparar un solo día ni su cuerpo ni su compañía. Se halló en la toma de la guarnición de Calatayud, en los ataques de 26 y 28 de Octubre en Cubillejo de la Sierra; en los del 6 y 7 de Noviembre en la Almunia, y toma de su guarnición, la que condujo a Alicante en número de 220 soldados y tres oficiales, con sólo 40 hombres de su compañía, por medio de los muchos obstáculos que se le presentaron en el camino, por ser la época en que los enemigos intentaban tomar a Valencia. Y últimamente, en todas cuantas expediciones y encuentros ha tenido dicho *Empecinado* hasta el 27 de Febrero de 1812, que fué hecho prisionero en el ataque del Rebollar de Sigüenza a la cabeza de su compañía, y conducido a Francia.»

Al quedar libre, siguió prestando sus servicios militares, ya con el grado de teniente. Residió principalmente, según parece, en Cataluña. En 1821 se hallaba en Barcelona y pertenecía al regimiento de Soria. Diez años después le encontramos en Lérida.

En Lérida nació, a 25 de diciembre de 1831, su hijo Manuel. <sup>1</sup> Este, en la autobiografía que precede a su libro *Doce reales de prosa y algu-*

<sup>1</sup> Fué bautizado el mismo día 25, a las cinco y media de la tarde, en la Catedral, por D. Juan Rodríguez Guerra, Capellán del tercer batallón del Regimiento de Infantería de Córdoba 2.º de línea. En la partida de bautismo se dice que había nacido a las diez de la mañana de aquel día.

*nos versos gratis* - donde equivoca también el año, —nos dice que nació en Nochebuena, y así lo hace nuevamente constar en los versos preliminares de *Chispas*:

De la guerra por azar  
Y de mi estirpe el segundo,  
En Lérida vine al mundo  
Sin poderlo remediar,

Pues de la humana batalla  
Al conocer la extensión,  
Arrojando el biberón  
Hubiera dicho: ¡otro talla!

En Nochebuena nací,  
Y entre placeres y penas,  
Sesenta y dos Nochebuenas  
Han pasado sobre mí.

De igual modo lo dice en las interesantes *Páginas Íntimas* que publicó en *El Imparcial*, agregando lo siguiente: «...catorce días después abandonaba yo el país, yendo a la retaguardia de una columna en persecución de los carlistas, a ratos en brazos de mi madre, a ratos sobre una acémila y metido en unas aguaderas, sirviéndome de contrapeso un hermano mayor, que me llevaba 18 meses, y que había nacido a su vez en Palma de Mallorca.»

Poco después de nacer Manuel, su padre, ya retirado, fué destinado a desempeñar en la provincia de Soria los cargos de tesorero de rentas y comandante general de la Milicia Nacional. Varios años permaneció la familia en Soria, hasta que D. Simón fué trasladado con el mismo empleo a Valladolid, donde le hallamos por 1843. El mismo Manuel, en la citada autobiografía de *Doce reales de prosa*, va a decirnos algo de estos primeros años.

Sería el mil ochocientos  
Treinta y tres o treinta y cuatro,  
Cuando vi la luz en Lérida  
En Nochebuena y nevando.  
Militar era mi padre  
Que luchó desde muchacho  
Con los ingleses primero,  
Poco después con los galos,  
Con la facción de Navarra  
Desde que salió a los campos,  
Y con el destino siempre  
Que dió a su sangre mal pago.  
El ruido de los combates  
Me arrulló en mis tiernos años,  
Armas mis juguetes fueron  
Y mis niñeras soldados.

Ya terminada la guerra  
 Buscó mi padre descanso,  
 Y en pluma trocó la espada  
 A despecho de su mano.  
 De mi infancia venturosa  
 Fué Soria primer teatro,  
 Y Valladolid más tarde,  
 Donde estudié con aplauso  
 Latín y filosofía,  
 Ciencias físicas y cálculos.  
 Llegué a bachiller, aun niño,  
 Otros estudios dejando,  
 Y la Coruña guardóme  
 En sus muros meses varios,  
 En que aprendí algo de Náutica,  
 Un poco de artes de ornato,  
 Casi nada de comercio  
 Y mucho de picos pardos.  
 Salté a Madrid muy en breve,  
 Que no fué pequeño salto  
 Para corrido en galera  
 Y rara vez cuesta abajo...

En la Coruña hizo ensayos en el periodismo, y al pasar a Madrid (1846) publicó sus primeros versos en un semanario de Ventura Ruiz Aguilera, titulado *Los Hijos de Eva*. Eulogio Florentino Sanz le presentó en el Parnasio del Teatro del Príncipe, y desde entonces fueron sus amigos García Gutiérrez, los Asquerinos, Retes, Manuel M. de Santa Ana, Teodoro Guerrero y otros muchos conocidos escritores.

En 1850 pasó D. Simón del Palacio a Granada, como Tesorero de Rentas, y con él fué su hijo Manuel, que de este modo vió realizada una de sus mayores ilusiones «de viajero y poeta.» A poco de estar en la ciudad granadina trató de fundar un periódico literario y satírico, juntamente con un su amigo, oficial primero de la Tesorería; pero cuanto pudieron hacer los dos periodistas noveles fué publicar el prospecto, porque el gobernador accidental de Granada, D. Ignacio José Escobar, luego marqués de Valdeiglesias, impidió la salida del periódico. Este conato de publicación dió origen a lo que el propio Manuel del Palacio cuenta en los siguientes términos:

«Había yo escrito para el prospecto de la malograda revista, cuatro o seis octavas reales, que venían a ser la presentación del lego «Gusarapo» y el programa de lo que pensaba hacer con o sin permiso de su maestro, amigo y superior. No guardo memoria de tales octavas, y estoy muy lejos de creer que fueran buenas; mas de seguro no estarían mal medidas: tendrían calor de juventud y de entusiasmo, y quién sabe si algo del espíritu zumbón y malicioso que a Dios le plugo darme como antídoto a mi credulidad y mi benevolencia. Ello es que hallándome una tarde en la librería de Zamora, entró en ella un individuo deslavazado

de figura y mugriento de traje; cuya cabellera y bigotes daban indicios de hallarse divorciados del peine, y cuyos pantalones con flecos, debían haber servido a un militar, pues ostentaban hacia las costuras unas tiras o franjas de color más oscuro que el resto. El individuo en cuestión saludó afectuosamente al librero, clavó en mí una mirada impertinente y se puso a hojear los papeles y libros que llenaban el mostrador. Yo seguía con curiosidad sus movimientos, y sin saber por qué, me estremecí cuando le ví coger el prospecto de «Fray Chirimiquí.»

—¡Hola!—dijo con voz aguardentosa;—¿periodiquito tenemos? Oye, Pepe, ¿de dónde y de quién viene este papelucho?

—Pues, chico, no lo sé—contestó el librero;—creo que es anónimo, pero léelo y dime lo que te parece.

—¡Voy allá! Así como así, no tengo nada que hacer y puedo echar un rato a perros.

Quise aprovechar el momento para marcharme, pero Zamora, con un guiño y una sonrisa, me detuvo. El lector se acercó a la puerta, buscando luz, pues parecía andar tan mal de vista como de ropa, y de pronto, y a continuación del más expresivo de los ternos, exclamó:

—¿Quién es el que ha escrito aquí estas octavas reales, si no he sido yo?

—¡Ah! ¿no fuiste tú? Pues no siendo tú, ¿quién será?—murmuró el librero con sorna.

—Cualquiera que sea, merece ser amigo de Manuel Fernández y González.

Sentí que una ola de alegría se desbordaba en mi pecho, y no como explosión de vanidad, sino como un himno de gratitud, brotaron de mis labios estas palabras:

—No se lo diga usted a nadie, pero el autor de estas octavas que han tenido la fortuna de agradar a usted, soy yo, señor Fernández y González: yo, pobre versificador, que me honro saludando al gran poeta.

—Pero, de veras ¿tú has escrito eso, muchacho?—gritó Fernández, poniendo sus dos manos sobre mis hombros.

—Sí, viejo, sí, yo lo he escrito—contesté, haciendo esfuerzos para no soltar la carcajada.

—Pues tú eres mi amigo, y para sellar esta amistad, vamos a tomarnos juntos una copa de ron, y me dirás cómo te llamas.»

NARCISO ALONSO CORTÉS

(Continuará).

## El beso

**Q**ué es un beso?—me preguntas—  
 —Un beso es vida y unión,  
 —te respondo—si es que el beso  
 es el sello del amor.

Si el beso le da una madre,  
 —así lo he sentido yo—  
 el beso es algo divino  
 que brota del corazón.

Si una hermana es la que besa,  
 es la alegría mayor,  
 porque el beso es luz y esencia,  
 es alma y es emoción.

Si es la esposa quien nos besa,  
 el beso es paz y candor,  
 porque entonces es la madre  
 y es la hermana, son las dos,

las que ponen en los labios  
 la esencia del corazón;  
 y el beso se torna aroma,  
 y el beso se torna flor.

Si es un hijo quien nos besa  
 el beso es sublime unción,  
 porque el cariño de un hijo  
 es el cariño mejor.

¿Quién al nacer no ha tenido  
 un alma que lo besó?  
 ¿Quién sin un beso a la tumba  
 para siempre se marchó?...

—¿Qué es un beso?—me preguntas—  
 y así te contesto yo:  
 —¡Si el beso le da una madre,  
 entonces quien besa es Dios!...

A. GARRACHÓN BENGOA

# Gañanes

Novela dialogada inédita

INTERLOCUTORES: Rosa.—Andrea.—Una vieja.—Otra vieja.—Maruja.—Miguel.—Felipe.—Javier.—Andresillo.—Blas.—Roque.—Juan.—Pastores, Labriegos, Mozos.

Es una aldea en tierras de la baja Castilla. Invierno; noche. El viento en loco torbellino brama desesperadamente en los despeñaderos; el cielo vestido de pardos nubarrones abre de vez vez sus ropajes para dejar entrever en su azul el titilar de una estrella; óyense los aullidos del lobo, el desgajar de las ramas y el choque de los peñascos que impelidos por la fuerza del vendaval ruedan a las negras simas.

La aldea, al pie del monte, aparece muerta, más que dormida, surgiendo de entre el blanco manto de nieve que la circunda.

\* \* \*

En la casuca, ante el hogar en que llamean los leños, están agazapados los pastores. Blas se ocupa en recoser un zurrón de pieles. Abuelo Miguel tiene cuenta de una cacerola que está a la lumbre.

- ROQUE —(Contemplando la cacerola) ¡Abuelo! ¡Bien sabéis dorar las migas!
- MIGUEL —Años ha que me ves dorarlas, Roque.
- ROQUE —Van para treinta. Era yo zagalillo cuando subí por vez primera al hato. Años hace, años; yo recuerdo al Miguel de entonces, tieso, fuerte...
- MIGUEL —Los años pesan, pesa mucho su carga... (irguiéndose) pero ¡por San Juan! que aun hay fuerzas aquí! Roque ¿me viste desmayar alguna vez en la última estada?
- ROQUE —No abuelo; no flaqueasteis ni a la llegada de las ventiscas y las nieves en la sierra.
- MIGUEL —A mí las nieves me curten la piel al igual que el sol; cuando era mozo, yo saludaba su llegada corriendo horas y horas por los montes. Más de una vez vi cruzar en mi camino la parda silueta del lobo, que hufa dellas; ya ves, yo era más fuerte que él, que las buscaba.
- BLAS —(Que ha parado en su labor oyendo al viejo.) ¡Bien al revés de Felipe, que ha fama de ser el más bravo mozo del lugar y des que bajó del hato no hay quien le eche ojo encima! ¡Si parece tener frío como una mujeruca!...

- MIGUEL —(Con brío) ¡Qué sabes tú de buenos mozos, palurdo, gallina! Y lo es. ¡El más bravo mozo! ¡por San Juan! ¡el más bravo de todos! No del lugar, de cien leguas a la redonda. ¡Pobre Felipo, no teme el frío de las nieves, no, que el frío se le metió en el alma, muy adentro! ¡Pobre Felipo!
- ROQUE —¡Buen muchacho! ¡Lástima que fiara su vida en los ojos de esa moza, que al fin hubieran de cegarle!
- BLAS —¡Pues si a mí háceme lo que a él!...
- MIGUEL ¿Qué haces tú, bravucón?
- BLAS Que le retuerzo el cuello a Javier!...
- MIGUEL No fuera esto justo; si a la moza le ilusionan las onzas del otro, en buen hora vaya con él; si tan falsa fué, más no valfa!... (Oyense golpes en el portón) Lllaman. Ve a abrir, Roque. (Hay un silencio. Roque va a abrir. En el hogar siguen las llamas bailando su zarabanda)

\* \* \*

- ANDRESILLO —¡A la paz de Dios!
- MIGUEL El te guarde.
- ROQUE ¡Hola, zagal!
- BLAS ¡Llegó el mal tiempo! ¿Nieva, verdad?
- ANDRESILLO —¿Qué quieres tú, lechuzo?
- BLAS ¡No me faltes!
- MIGUEL ¡Haya paz! ¿Traes frío, Andresillo?
- ANDRESILLO Sí traigo, abuelo; que fuera sopla la ventisca que es una maldición...
- MIGUEL —Pues para calentar el cuerpo, hincar el diente a esas migas, que están diciendo comedme. ¡Ea, acercaos!.. (Siéntanse los pastores en las banquetas, y en el escaño de la chimenea, al amor del hogar, comen las doradas migas en sus escudillas; óyese sólo el masqueteo y al arder, el crujido de los secos sarmientos.)
- ANDRESILLO —(Abrasándose al comer); ¡Echa! ¡Lo hizo el fuego!
- ROQUE —¡Sí tal!
- (Hay un silencio.)
- MIGUEL —Rapaz, ¿Viste a Felipo?
- ANDRESILLO —Si le vi, abuelo; ¡pena dabal Fué al caer de la tarde; allá, tras la plaza, en el callejón, do vive Maruja. Pasó a prisa, muy pegao a las paredes cual si hubiera miedo; parecía un perro. Al pasar junto a mí, le dije: ¡Adiós Felipo!—y él repuso, apenas le oí, —¡Adiós, zagal! Yo me paré a verle marchar; iba muy arrebujado en la pelliza, cubriéndole el cuello. Ya sabéis que la casa del señor da tras la plaza: pues bien, cuando Felipo pasó ante su puerta, se paró y parecía querer entrar, pero no entró, que apretando el paso siguió adelante. Yo eché a correr tras él y le alcancé.— ¡Felipo, Felipo! El abuelo Miguel quiere verte —díjele para excusarme...

MIGUEL —¿Eso dijiste, rapaz?

ANDRESILLO —Yo dijelo porque como ha tres días que no viene por aquí, ¡puede que no coma!...

MIGUEL —Bien, rapaz. ¿Y él que repuso?

ANDRESILLO —El me cogió muy fuerte por un brazo y zarandeándome: —A nadie digas que me viste, zagal, ¿oyes? a nadie. Yo iré a ver al abuelo.

(Los gañanes han dejado de comer oyendo la narración de Andresillo; Miguel el rabadán, con voz flaca, dice:)

MIGUEL —¡Pobre mozo, pobre Felipo; tiene el frío muy adentro, muy adentro!

ANDRESILLO —¿Le queréis mucho, abuelo?

MIGUEL —Mucho, rapaz, mucho. Su madre, la mujer de Jeromo, que cual sabéis murió de desgracia, un día me lo trajo al hato, allá, en la cumbre de la sierra, y me dijo:—Aquí te traigo al rapaz, Miguel. Tómale de zagal, es de buena ley y a tu amparo se criará.—Yo le tomé; era zagalillo, menor que tú, de este alto. Pocos días después dijéronme que su madre había partido de la aldea, lejos, a la ciudad. Pasaron meses, muchos; comenzó a correr por el lugar la noticia; la habían visto, a Mari Josefa, a su madre; un señor consiguió su amor, y sus blancas carnes vestían sedas y en los dedos llevaba esas piedrecitas claras y verdes y rojas... (El viejo hace una pausa, sus ojos enrojecidos ballotean nerviosamente, luego se rehace y dice.) Fue aquí; Felipo mal comprendía aquella triste historia, pero entre lágrimas, abrazado a mí, me dijo que dábale miedo lo que las gentes contaban de su madre y que cuando él pasaba, muchos sonreían y algunos le miraban compasivos, diciendo:—¡Pobrete!—Y el zagalillo lloró, lloró mucho; su corazón presentía toda la tristeza de su abandono, y en el rostro, sin comprenderla, asomó la vergüenza de su madre. Yo le consolé y con mis manos sequé sus lágrimas. ¡Oh! cómo rugía en mi alma el despecho contra toda la aldea, porque en toda ella no se hablaba de otra cosa. Entonces era yo joven y fuerte y más de una vez estuve a punto de ahogar entre mis brazos a alguno que preguntábame con sorna por el hijo de *ella* o que aseguraba que no podía aguardarse cosa buena del retoño, que de tal palo tal astilla; y mentían ¡por San Juan! mentían ellos, cobardes, y mintió el adagio, que Felipo fué bueno como ninguno.

ROQUE —Y siempre más que túvoos como padre, ¿Verdad, abuelo?

MIGUEL —A mi vera creció; de su madre, nunca más se supo.

ROQUE —Quizás eso le tornara tan torvo; siempre andaba solo, sin compañía alguna.

MIGUEL —Fueron sus amores el de este pobre viejo y el de la

sierra; el de la sierra entera, con su luz y con su cielo, tan azul, con sus nieves, con sus barrancos y hasta con sus lobos.

BLAS —¡Malhaya las mujeres! ¿Cómo prendóse, pues, de esa moza?

MIGUEL —Era su sino; y mirad que estaba hecho el zagal a tratar con la mocica! Maruja, como hija del amo de la majada, subía con frecuencia al hato y ¿con quién había de jugar sino con el zagalillo?; con Felipe, que desvivíase por mostrarle los corrales y las ovejas y si había alguna recién nacida para que ella pasara su mano, acariciándola, mientras el chotillo balaba, balaba, como agradeciendo la caricia. Juntos hacían correrías por el monte y triscaban como cabras; para ellos no había cumbres ni despeñaderos. Un día jaciago día antojáronse a Maruja florecillas de la Peña Bermeja. ¡La Peña Bermeja! ese gigante de piedra que asoma su cabezota sobre el barranco y que diz que escucha los lamentos del agua en la torrentera, y en su frente, en la cabezota del gigante, nacen unas florecillas pequeñas, pero muy rojas, con un rojor de sangre que parece un trágico anuncio al que intente cogerlas. ¡Pero Maruja las quería! y Felipe se echó de bruces al suelo y gateando, tras él la moza, se acercaron al borde; escurriósele el cuerpo al zagal, Maruja con sus débiles bracitos quiso retenerle; Felipe, con la ayuda, se agarró a unas matas, pero la mocica, falta de apoyo, rodó de lo alto de la peña, allá, al fondo. Dice Felipe que a aquella hora, el sol se ocultaba tras el monte y en el fulgor del crepúsculo todo aparecía grana, menos en el fondo del barranco que veíase el vestido blanco de Maruja; ¡quizás entonces fué cuando nació su amor! Gritos, alaridos, rugidos de rabia, aullidos de lobo hambriento semejaban las voces de Felipe demandando auxilio; acudimos los pastores, todos; no sin trabajo logramos sacar el cuerpo de la niña y en unas parihuelas la llevamos al hato; estaba muy malica y no podía conducírsela a la aldea. Los días que transcurrieron en la curación de Maruja, los pasó Felipe tendido en el suelo junto a su lecho. Sanó la moza; yo no sé lo que se dirían ellos el día en que partió del hato para la aldea; ella marchó sonriente, llena su carilla de luz, y Felipe se abrazó a mí, como aquel día en que pequeñín lloraba por su madre. Lo demás ya lo sabéis; han pasado años; Felipe y Maruja eran novios; pero ha venido él, ese intruso, villano, y lo ha desbaratado todo...

ROQUE  
MIGUEL

—Es una mala alma ese Javier; yo nunca le quise.

—Ni nadie en el pueblo.

- BLAS —Pero tiene caudales...
- ROQUE —Todos sabemos cómo los hizo su padre, esos caudales. Abuelo, ¿os acordáis de Cruz, el padre de Javier?
- MIGUEL —¿Que si me acuerdo? ¡Por San Juan! sí me acuerdo del viejo brujo, judío. En sus garras murió de hambre medio pueblo. En tanto, el mozo, gastábalos en la ciudad, y de palurdo se tornó señor.
- ROQUE —Y cuando vino fué para hacer mal. Siempre dije yo que el padre de Maruja, nuestro amo, no consentiría en casamiento de la mocica con Felipe.
- MIGUEL —Y si no consiente, en ello llevará el castigo; pudiendo darla a un mozo bueno, la dará a un truhán.
- BLAS —Cuidao, abuelo, que Javier os la tiene jurada. Dijo ayer en casa de Toñón que vos sois el que tenéis la culpa de todo, pues con vuestros consejos tratáis de vencer la voluntad del amo.
- MIGUEL —¿En casa de Toñón, verdad? Sí, allí, allí es donde se dice eso, en el bodegón, ante los borrachines como tú, que le escucháis embolicalos...
- BLAS —Yo, abuelo...
- MIGUEL —Sí, tú. Dfíe que venga, que venga a ver al abuelo, que aquí le aguarda!...
- BLAS —¡Abuelo Miguel, sois viejo!...
- MIGUEL —(Levántase inquieto y en un gran ímpetu.) Soy viejo, es verdad, soy viejo, pero ¡por San Juan! soy fuerte aún, soy fuerte! (Y mueve los brazos en el aire en actitud de reto.) ¡Ea! Id a la corralada, que se hizo noche; soltad al Negro y al Mastín, que cuando la nieve llega hasta la aldea, el hambre aprieta en la sierra, y el lobo...
- (Levántanse los gañanes; Roque enciende un candil en la lumbre y precedido de Blas, que ríe socarronamente en una mueca estúpida, al ver la turbación del viejo, salen de la estancia.)
- ROQUE —¡Santa noche!
- BLAS —¡Santa!
- MIGUEL —¡Dios os la dé!

\* \* \*

(Al salir de la estancia los gañanes, el zagal arrima a la pared un banco y tendiendo en él su manta se acuesta sobre ella. Está la estancia escasamente iluminada por la luz de un velón y la que despiden las llamas del hogar que esparcen tenues y rojos resplandores. El abuelo Miguel, obsesionado por su idea, sigue exclamando.)

- MIGUEL —¡Que soy viejo, que soy viejo! ¡Pero soy fuerte!...
- (Se acerca luego al portón, lentamente, y cuando dispónese a apuntalar tras él un barrote, entre el gemir del viento, óyese fuera la voz de Felipe, que canta.)
- FELIPE —Zagalica tan blanca  
como la nieve  
como la nieve fría;  
¡ya no me quieres!...

Ay, cómo nieva,  
cómo muero, mi alma,  
muero de pena...

(Abuelo Miguel, al oírle, desatranca la puerta, descorre el cerrojo y abre, quedamente, en tanto dice.)

MIGUEL

¡El es, Felipo!

(De nuevo suena, más claramente, la voz del pastor.)

FELIPO

— Muero de pena...  
¡cómo muero, mi alma;  
Ay, cómo nieva!...

MIGUEL

(Estremécese el viejo y rápidamente, en un ímpetu, se asoma al portón y exclama.)  
¡Felipo, Felipo!

\* \* \*

FELIPO

—(Entrando) ¡A la paz, abuelo!

(Viste peliza blanca; cúbrese con un gorro de pieles; lleva una cayada. Es alto, fornido. La faz casi cetrina, tostada por el sol y el viento; tiene mirar vivo, fulgurante, inquieto é intenso mirar.)

MIGUEL

—¡Dios te guarde, mozo! ¿Cantabas?

FELIPO

—Engañar el corazón, abuelo. Yo no sé qué tienen en mí las tristezas, que cuanto más ahondan en el pecho, parece que hacen nacer en él las ganas de cantar; sólo que, claro, las coplas traen algo de la negrura que hay ahí dentro. (Se acerca al hogar, calentándose) Corta el viento cual si fueran cuchillos sus soplos. ¡Mala noche en la sierra, mala!

(Hay una pausa. Felipo continúa ante el hogar, calentándose. Abuelo Miguel, que ha cerrado el portón, quedase contemplando a Felipo en silencio; tras la pausa, dice.)

MIGUEL

—¡Bien sabe la caricia del fuego! ¿Verdad?

FELIPO

—Oh! sí, cómo desentumece y se siente el cosquilleo del calor en todo el cuerpo. (Con voz fosca) ¡Si parece que hasta caliente el alma!...

(Coge el gañán una banqueta y se sienta; luego exclama.)

FELIPO

—Abuelo. Yo debiera llamaros padre.

(Abuelo Miguel se sienta en otra banqueta cabe al mozo.)

MIGUEL

—Verdad dices, que yo te crié y como a hijo te quiero. Por eso dueleme fu penar.

FELIPO

—(Con voz en que hay un temblor.) Yo marchó de la aldea.

MIGUEL

—(Con asombro) ¿Y a dónde vas? Si Maruja fué falsa, dicha es ver a tiempo el engaño, más que tarde, que no hubiera remedio. No marches, mozo.

FELIPO

—Yo me crié en la sierra y sé de ella sus dulzuras y sus abrojos. Los que en el monte vivimos tenemos en el alma la rudeza de su suelo. Abuelo Miguel: Yo ví brillar muchas veces en la negrura de la noche los ojos del lobo, y aquellas lucecicas que me miraban, me miraban, nunca me causaron miedo. (Con gravedad.) El día que viera ante mí brillar de nuevo los claros ojos de Maruja y leyera en ellos

el engaño y acaso la burla, creo que despertarían en mi pecho todos los odios y toda la rabia. No, abuelo, yo debo partir de la aldea; soy como el lobo hambriento y quizás mordiera; marcharé lejos, a la ciudad (dolorosamente), a donde fué mi madre...!

MIGUEL —(Estremeciéndose.) ¡A donde fué tu madre! ¡Mari Josefa! (Con profunda pena) ¡A la ciudad, a la maldita ciudad! ¡como ella! (Rehaciéndose) ¡Felipo! Oyeme. Tú quizás sepas ya esta historia, aunque nunca hablamos de ella. Cuando yo era mozo cortejé de amores a la más gallarda chicuela del pueblo. Juró quererme y yo no soñé más que en la dicha de su promesa. Un día habláronme de traición; no quise creerlo, sus ojos me la desmentían. Ha muchos años de esto, muchos. Fué por San Juan, era aquella noche clara, serena; las coplas se mecían en el aire y las lenguas de fuego de las hogueras se levantaban a lo alto, muy a lo alto, hasta hacer enrojecer el cielo; aquellas hogueras iluminaron la mayor tristeza de mi vida; Mari Josefa, que era tu madre mi moza, me engañaba. Yo ahogué dentro de mi pecho los rugidos de fiera y clavé las uñas en mi carne, porque las manos crispadas, como las tuyas ahora, tenían afán de estrujar; y partí, partí a la ciudad, a ese puntito de oro que se ve lucir entre el verdor de la vega; y la ciudad con sus hombres, se burló de mí y de mi dolor, cruel y despiadadamente; yo no sabía más que guardar ovejas y regresé a la aldea y de ella al hato, a la sierra...

FELIPO —(En un arranque de violencia.) Más valiera no haber nacido. ¿Por qué no la matasteis, abuelo Miguel?

MIGUEL —(Con gran energía) ¡Calla, no blasfemes de su memoria, que fué tu madre, mozo!  
(Oyense en el portón golpes precipitados y violentos, luego romper de sollozos y nuevos golpes.

\* \* \*

MIGUEL —¿Quién va?

ROSA —¡Abuelo, abuelo!

MIGUEL —(Desafrancando la puerta) ¡Quién será a tales horas!

(Felipo permanece absorto contemplando el balloteo de las llamas; Andresillo, al estrépito, ha despertado y se yergue en una actitud de sobresalto y miedo.

ROSA —(Entrando. Es una mocita gentil. Viene llorando, el rosiro con expresión de gran angustia) ¡Ay, abuelo!

MIGUEL —¿Qué te ocurre, mocica? Sosiégate y cuenta. ¿Enfermó alguien?

ROSA —¡Virgen Santa, qué desgracia! ¡Yo tuve la culpa, abuelo, yo tuve la culpa! (Al fijarse en la presencia de Felipo, que ha vuelto de su abstracción al oír las voces) ¡Felipo! ¿Tú, tú estás aquí, Felipo?

MIGUEL —(Cogiendo a la muchacha y acercándose al hogar.) Estás yerta, mocica. ¿Cómo andas a esas horas en tan condenada noche?

(La moza, sin quitar la vista de Felipo, atemorizada y pasándose las manos por la cabeza, haciendo un esfuerzo y amparándose en el viejo, exclama.)

- ROSA — ¡Maruja, Maruja que se extravió en la sierra!
- FELIPO — (Saltando de la silla y cogiendo por un brazo a la moza) ¿Maruja? ¿Que se extravió en la sierra dijiste? ¡No, no!...
- ROSA — (Llorando y amparándose en Miguel.) ¡Yo tuve la culpa, abuelo, yo tuve la culpa!
- FELIPO — (Fuera de sí.) ¿Pero cómo? ¿Salisteis juntas? Dí, aprisa, dí.
- ROSA — Salimos al atardecer, las dos solas; fuimos al caserío de las Brezas, a ver a Tomasica, que está enferma; cuando regresamos era casi noche. Yo sé bien el camino de las Brezas aquí. Marchábamos cogidas del brazo y cantando, muy fuerte, muy fuerte, para distraer el miedo. De pronto, Marujilla me dijo:—¿Oyes, Rosa? parece el lobo.—Nos paramos y era, era el lobo: se oía como aullido ronco y vimos que se acercaban unas lucecicas que nos miraban, nos miraban...
- FELIPO — ¿Y qué hicisteis?
- MIGUEL — ¡Por San Juan, moza, por San Juan!...  
(Andresillo se ha alzado del banco, y medio envuelto en la manta, se acerca, escuchando.)
- ROSA — Yo sentí como un frío muy grande, muy grande, y eché a correr sin acordarme de Maruja!  
(Y al decir esto estalla de nuevo en sollozos, angustiada, dolorosamente.)
- FELIPO — ¡Malhaya!
- ROSA — Cuando ya estaba lejos, oí que gritaba. — ¡Rosa! ¡Rosa!...  
— Pero yo corrí sin parar hasta que llegué al pueblo, y no atreviéndome a ir a casa de Maruja, vine a contárselo al abuelo, para que vayamos todos a buscarla. ¡Pobrica!...  
(Oyense fuera pasos y ruido de destempladas voces; por fin, golpean reciamente en la puerta.)

\* \* \*

- JUAN — (Fuera) ¡Abuelo Miguel! ¡Abrid presto!...  
(Miguel franquea la puerta y precipitadamente, casi en tropel, entran Juan, Andrea, unas viejas, mozas y pastores. Los hombres empuñan cayadas y un gafián lleva un farol. Juan, al ver a Rosa, se acerca rápidamente a ella y cogiéndola por un brazo, exclama.)
- JUAN — ¿Qué se hizo de Maruja? Dí...
- ROSA — (Llorando) Se perdió, se perdió en la sierra... ¡Abuelo!  
(Y busca su amparo).
- JUAN — Lo presentía ¡malhaya! lo presentía...
- ANDREA — ¡Hija de mis entrañas! ¿Dónde la dejaste? ¿Dónde?
- ROSA — ¡Oh yo no sé; se acercaba el lobo!
- ANDREA — ¡Virgen de las Angustias! ¡Hija de mi alma!... (Llora hipando, desconsoladamente).
- MIGUEL — Sosiégate, mujer, sosiégate; ella se hallará!... Iremos en su busca.
- UNA VIEJA — ¡Dios nos valga!...

- OTRA — ¡San Antonio bendito!...
- JUAN — Vamos, abuelo, vamos...
- FELIPO — ¡Oh! sí, marchemos, abuelo...  
(En el momento en que dispónense a salir, aparece Javier que llega precipitadamente).
- JAVIER — ¡Santa noche!
- FELIPO — ¡É! ¡Maldición!...
- JUAN — ¿Supiste?
- JAVIER — Si, supe. La mocica, mi Maruja, que se extravió en la sierra. Yo reuniré todo el pueblo y la encontraremos. ¡Cien doblones al que dé con ella! ¿Lo oís, mozos? (A los que le rodean) ¡En marcha! ¿Abuelo Miguel, venís vos?
- MIGUEL — ¡Por San Juan, sí que voy, por San Juan!
- ANDREA — ¡Hija de mi alma! ¡Virgen de las Angustias!
- JAVIER — Vamos presto. Yo delante. Traed linternas...
- FELIPO — (Adelantándose del grupo y con pausada voz). ¡Que nadie se mueva! (Hay una pausa y todos atienden, extrañados de la actitud del mozo. Felipo, haciendo un esfuerzo sobre sí, dice:
- FELIPO — Cuando éramos niños, un día quiso Maruja florecillas de la Peña Bermeja. Al ir yo a cogerlas, perdí el terreno y mi moza, por retenerme, cayó al barranco. Salvóme la vida y le soy deudor de esta prenda...
- JAVIER — (Interrumpiéndole y muy brusco). ¿Y qué?
- FELIPO — ... que nadie más que yo debe ahora exponerla por ella. Digo mal, yo solo no; tú también, Javier, puedes ir en su busca. Tú por una vereda y yo por otra, pero si yo la hallo, ¡ay de ti si tratas de disputarme su querer!... ¿Aceptas?...
- (Javier, irresoluto, no contesta; Felipo, al ver su duda, pregunta).
- FELIPO — ¿Tienes miedo?...
- JAVIER — (Rehaciéndose, en un arranque). ¿Miedo yo? Ahora verás...
- (Apréstase a salir, pero al hacerlo fíjase en una carabina que pende de la pared, y cogiéndola, dice malignamente).
- JAVIER — ¡Para el lobo!
- FELIPO — (Blandiendo su cayada). A mí para el lobo, me sobre ésta... (Y por el portón, en la negrura de la noche, piérdense los mozos).

\* \* \*

(Siéntanse al amor de la lumbre los gafanes y mujeres; ellas arrebujadas en mantones y los pastores, cubiertos por las recias pellizas, entre sus manos las cayadas, los rostros curtidados, semejan rojos a los resplandores de la luz). Nadie rompe el silencio, inquietante, siniestro. Flota un ambiente de tristeza, de angustia, de pesar. Andrea suspira y llora dolorosamente).

- ANDREA — ¡Hija de mi alma! ¿La salvarán?...
- MIGUEL — La salvará, Andrea, la salvará...  
(Una vieja inicia el rezo del Santo Rosario y las oraciones desfízanse lentas).
- UNA VIEJA — *Dios te salve, María...*  
(Fuera, el viento gime su canción, preñada de lamentos, de gritos, de maldiciones).
- LAS MUJERES — *Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros...*  
(El zagal, que está junto al portón, mirando ávidamente en la negrura exclama

ANDRESILLO —¿Oísteis?

MIGUEL —¿Qué?

ANDRESILLO —Parecióme oír un grito...

(El viento silba con más fuerza; en la estancia, en torbellino, entran copos de nieve)

(De pronto, óyese fuera la voz de Felipo que grita).

FELIPO —¡Abuelo Miguel! ¡Abuelo Miguel!

(En un propio impulso levántanse todos y se agolpan al portón).

(Aparece Felipo, en sus brazos el cuerpo de Maruja, amoratado el rostro, las manos crispadas; el gañán, en desorden las vestiduras, descubierta la cabeza; en la sudorosa frente caénle las greñas y en el albor de la pelliza destacan manchas de sangre).

FELIPO —La hallé ya junto a la aldea... Desfallecida. ¡Pobrica!

(Todos demandan). —¿Y Javier?

(El mozo deposita el cuerpo de Maruja junto al hogar y luego se yergue en una expresión de fiera, los ojos con febril rebrilleo).

FELIPO —Allá quedó. En el despeñadero. Sea su cuerpo festín al hambre de los lobos; me atacó como cobarde alimaña y defendí la vida... ¡Quería robarme la mi dicha!...

(Vuelve en sí Maruja, a los cuidados de las mujeres y al calor del fuego, y abriendo sus claros ojos, halla su mirar al del pastor... Fuera el viento, parece gemir con menos fuerza).

LUIS G. MANEGAT

Barcelona, Abril 1916.

## La fuerza del amor

Yo no puedo vivir; ¿no ves, madre,  
que me llena de espinas el alma?

Yo no puedo vivir a su lado;  
¡me marcho de casa!

Cuanto más por su amor me desvivo,  
con mayor desapego me trata;  
yo no puedo sufrir de su enojo  
la injusta mirada.

Dejaría de ser si pudiera  
deshacerme y fundirme en la nada;  
aun envidia a los duros peñascos  
que no tienen alma,  
porque nada es tan triste en el mundo  
como amar a quien no tiene entrañas.  
Yo no puedo vivir, madre mía,  
¡me marcho de casa!

Entró un hombre en el pobre aposento  
sin decir una sola palabra.

—Era un mozo de oscuro semblante,  
de atlética espalda.—

De repente la joven esposa  
al verle cansado, la frente sudada,  
se enjugó con un blanco pañuelo  
las brillantes lágrimas,  
exclamó con la voz conmovida;  
¡Ven aquí, morador de mi alma!...  
Y estampando en sus labios un beso,  
de sus hombros quedóse colgada.

DANIEL ROSAS

# Tres cartas

## I

De D. Luis Mora a D. José Ossorio

Querido Pepe: Tengo que reñirte, hombre, que reñirte muy en serio. Llegaré hasta negarte mi amistad si no hacen mella en tu espíritu mis reflexiones. Te has casado con un ángel; Pilarita, tu mujer, está tan enamorada como triste con esa vida que tú haces tan absurda, tan misteriosa y—a decirlo claro—tan inmoral. Si tú fueras un hombre vulgar, un señorito tonto de esos que andan de conquista por las noches, cazando a salto lo que sale; si en ti hubiera muerto enteramente la vida del espíritu; si tú no estuvieras enamorado como un cadete de tu mujer, me callaría y te despreciaría. Pero no es así. Tú eres bueno, pero abúlico. Tu vida de escritor un poco falaz, un poco histrionésca, un poco *literaria*, falsa, te ha metido en estos fregados de encelar a tu mujer, de embutirte de nuevo en esa vida de los cafés, de encajonarte de nuevo en los saloncillos de los teatros, de traerte de la ceca a la meca por esos bastidores, por esos *camerini* de tanta y tanta actriz como ahora el fregadero, de tanto y tanto malandrín como pulula por las redacciones de los periódicos.

Atiende mi toque de atención, Pepito. No sé por qué regla de tres ha de ser incompatible la gloria de las letras con las dichas del hogar. Cuanto más nutras a tu espíritu de amor sereno, de paz callada, de goce íntimo, de alegría secreta, tanto más consistencia tendrá tu arte. ¡Y tu deber es tan fácil de cumplir! Pilar es una primorosa criatura, muy mona, muy inteligente, que vive con el alma en un hilo interpretando un gesto tuyo, una palabra tuya, un silencio tuyo. Luego, no tiene nada de vulgar. Todos los pillos tenéis suerte y tú eres el rey de los pillos. Vuelve a tu mujer, a tu casa, y sacúdete del vaho de la redacción, del *camerino*, de la mesa de café, de la cacharrería del Ateneo. Prefiere una mujer que te quiera, que te quiera con toda su alma, a cien mujeres que te admiren. Y no me vengas con ese tema que con tan poca fortuna desarrollaste el otro día en la revista *Nuestra Época* de que la moral es triste. ¿Triste la moral, el deber triste? ¡Majadero! Si te tengo delante, te doy un bofetón a mi gusto. Y la pobre Pilar, que con el instinto certero que su amor le presta advierte tu alejamiento, está más triste que el valle de nuestro pueblo en mañana de niebla.

¡Sí, Pepito! Deja esa *pose*, esa condenada *pose* que se os ha pegado de esos literatos de fuera, de ese insoportable D'Annunzio, de ese mamarracho de Roca el novelista que no se lava nunca, de ese Santonja

que vive de sablazos y de embusterías, y torna a ser lo que antes eras: un buen chico, de excelente sentido moral, al que todos queríamos tanto.

Da un beso a tu mujer y pelillos a la mar. No desparrames tu afecto en monedas de cobre, que se gastan pronto, sino en centenes y en viejas onzas amarillas, de las que se guardan en el arcón de los abuelos.

Adiós, hijo, y corrijete. Ya sabes que te quiero como un padre, tuyo.—*Luis.*

## II

### De D.<sup>a</sup> Pilar Rodríguez de Ossorio a D. Luis Mora

Mi buen amigo D. Luis: Esta mañana guardaba en su armario un traje de mi Pepe y... ¡ya sabe usted lo curiosas que somos todas las mujeres! En el bolsillo de la americana tropezó mi vista con letra de usted y leí,—mejor que leer, devorar—devoré su carta. No sé si por la repasata de usted o porque Pepe tiene un fondo excelente, a pesar de ser tan tarambana, de pocos días a esta parte ha variado por completo para conmigo. Estudia y escribe por las mañanas y no sale de casa por las noches. Yo con egoísmo le quería para mi sola y gocé los dos primeros días con todas las veras de mi corazón. ¡Es tan grato estar junto a la persona amada! A usted, mi buen D. Luis, que quiere a mi Pepe tan de veras, a usted a quien yo quiero porque sé la buena ley que a mi marido tiene, puedo decirle estas cosas con el mayor abandono. Si; va cambiando. Dios bendiga a usted, que buena parte tiene en el cambio. Yo soy la más feliz de las mujeres y a usted se lo debo. Don Luis, quíerame como una hija. Véngase con nosotros a nuestro lado. Usted viejo ya—no se haga ilusiones—muy viejo, solterón empedernido, debe venir entre nosotros, de patriarca. Y yo le querré tanto, tanto, que seré su nena pequeña, su mujer, su juguete, un juguete que le hará muy feliz, que le quitará ese tono gruñón que tan mal le sienta, que le dará toda clase de sorpresas. ¡Sí, D. Luis! Usted cerró los ojos de papá cuando el pobre murió solo, con su Pilar lejana, en aquella isla de Cuba que tanta sangre nos hizo derramar. Y yo quiero cumplir mi deber; cerrarle a usted los ojos y besarle la frente...

Perdone usted: no sé qué cosa es esta de la alegría, que sin saber cómo, nos ponemos tristes y comenzamos a soltar el chorro de las lágrimas. ¡Si seré boba, Dios mío, que hasta le hablo de la muerte a usted que tanto miedo la tiene porque Dios lleva a los egoístas, a los que no compartieron su vida con una buena mujer, a las calderas de Pedro el Botero.

Bueno; no me haga caso. Me he hecho un lío y no sé cómo desenredarle; le estrecha fuertemente la mano y con todo cariño su afectísima.

—*Pilar.*

## III

## De D. José Ossorio a D. Luis Mora

Querido D. Luis: ¡Soy padre! No sé qué tengo que parece que se me ha abierto un chorro de luz en el alma; no sé que tengo que parece que revivo, que torno a renovarme, que la vida se me aparece como un paisaje nuevo, que estoy loco de alegría, de una alegría muy seria, que no podré profanar nunca. No sé qué tengo que hoy me siento hombre, que desaparece mi segunda naturaleza de hombre artificial y civilizado. ¡Estoy llorando! Pero estas lágrimas más de ahora no me escuecen las mejillas; no es metáfora de profesional; las limpian y refrescan. ¡Da gusto con estas lágrimas!

El rorro vino anoche en gran velocidad. Le juro a usted que el tormento de Pilar no fué comparable al mío. Hice, mientras me daban la factura arregladita y en buenas condiciones, un examen de conciencia muy áspero, muy duro. Nunca he sido tan cruel conmigo mismo como anoche. Tal esfuerzo de atención hizo mi conciencia, de tal suerte vigiló y entonó mi alma, que... me quedé dormido en el despacho. Muy prosaico, pero así fué. Y luego me entregaron una cosa que chillaba muy debilmente, un rebujón donde resaltaba una carita de ojos azules como Pilar, ojos de cielo sereno, de mañana de mayo. Apreté el rebujón con tanta gula, que Carmen, la camarera, me insultó en mis barbas y me arrancó de mis brazos la cría, faltándome al respeto. Tan contento estaba, que a poco abrazo también a Carmen, con perfecta pureza de intención, naturalmente. Y marché a la camita de Pilar, la quise decir algo, no pude y sollozamos los dos. Repuesto le dije: «¡Hija mía!» y ella adivinó entonces todo el valor que en mis labios tenían tales palabras en aquel momento.

Ya no tendrá usted ocasión de reñirme, D. Luis. Sírvame de garantía la memoria de mi madre. Y no le escribo más. Quiero decirle tanto que no caben mis secretos en cien cartas.

Venga, y sea padrino del nene. Telegraffeme y saldré a la estación a buscarle. No me niegue este favor, D. Luis. Hace más falta a mi espíritu la compañía de usted en estos días en que tenemos que dejar reposar a Pilar, que a mis bolsillos, antaño, los cinco duros que de estudiante me prestaba.

Y luego cuando Pilar salga, iremos los tres de jarana por este Madrid, que usted conceptúa tan peligroso. No verá usted a Roca ni a Santonja. ¡Pobres! ¿Cómo van a ser felices si no son padres?

Le abraza, *Pepe*.

JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS

## Estaciones del "Vasco-asturiano,"<sup>1</sup>

Hay en ellas fragancia de aromáticas flores:  
Estaciones rientes, como nidos de amores!

.....

Hay en Grado un recuerdo que es de amor dulce savia,  
un amor de ultratumba en la mágica Pravia  
y en San Esteban flota un ensueño del mar.

Son de Oviedo a la costa, los macizos de rosas  
cual inmensa guirnalda de asturianas hermosas;  
cual cortejo de novia que camina al altar.

Yo he sentido, pasando ante esas estaciones,  
mil extrañas, poéticas y dulces emociones  
y oí en la pomarada bellos cantos de amor;  
ví un blanco cementerio junto a una peña erguida  
y abajo, en pleno valle, una estación florida,  
brindando sus sonrisas al placer y al dolor.

El Nalón se desliza con sus aguas cetrinas  
que, allá, en Mieres, lavaron el carbón de las minas  
y que avanzan, serenas, con un lento avanzar;  
en sus grandes remansos, como espejos, bruñidos,  
se reflejan los bosques y los prados, dormidos  
cual si oyeran, extáticos, de la brisa el cantar.

Pasan ante vosotros los jóvenes viajeros  
y cuando os contemplan parecen comprenderos  
¡rosas de amor, del «Vasco», cual besos de mujer!

Huye el tren; con sus novias murmuran sus amores  
los felices amantes que, al ver vuestros colores,  
os quisieran, amantes, a su amada ofrecer.

¡Pasad, pasad! les dicen las flores perfumadas;  
¡Pasad! lindas parejas que vais, enamoradas,  
y marcháis a la costa, vuestro ensueño a vivir;  
queremos contemplaros también, en el regreso,  
cuando hayáis conversado con amante embeleso,  
más felices que ahora, más alegres, reir.

.....

Era un genio invisible; con rieles de acero  
fué engarzando jardines, trovador e ingeniero...

NICOLÁS BENAVIDES

<sup>1</sup> Las estaciones del ferrocarril de Oviedo a San Esteban de Pravia (que pertenece a la Compañía «Vasco-asturiana» y es llamado «el vasco») son pequeños jardines en medio de frondosos paisajes. Hay concursos con premios para las estaciones que mejor cuiden sus macizos de flores.



- PED. (Con dolorosa expresión).  
Puede que diga  
la verdad; ¡somos tan viejos!
- JUL. (Consolando a los padres).  
El tiempo pasa volando,  
sin sentir, y cuando menos  
lo esperen, en esta choza  
que dice tantos recuerdos  
de tristezas y placeres;  
de alegrías y de duelos,  
el bienestar, la ventura  
serán patrimonio nuestro...
- EMIL. (Interrumpiéndole, afligida)  
¡O la muerte en un instante  
segará nuestros anhelos!  
(Suplicante).  
¿Por qué no os quedáis? Acaso  
se nos logre un año bueno  
y hagáis falta en el verano.
- JUL. (Indiferente).  
¡Ya ha pasado tanto tiempo  
de esperarle!...
- PED. (Queriendo convencerle)  
Buen invierno  
se presenta.
- JUL. Como todos;  
de promesas, pero luego  
las lluvias de esta Castilla  
que siempre tardan, o el trueno  
que se muestra acompañado  
del pavoroso cortejo  
de piedras, harán lo suyo.
- EMIL. Dios oirá nuestros ruegos  
y se apiadará de todos...  
(Con resolución).  
Quedaos.
- JUL. No; no podemos:  
ustedes han trabajado  
desde niños, con exceso,  
y es fuerza recompensarles  
de ese sacrificio inmenso...  
El plan es irrevocable;  
nos vamos... ¡Ya volveremos!
- EMIL. (Se levanta apenada).  
No hay medio de convencerle...  
(A su marido).  
Ve si tu lo encuentras, Pedro.  
Voy a seguir las labores...  
(Desde la puerta y con la mirada en lo alto).  
Dios mío, ¡vela por ellos!  
(Vase lateral derecha).

## ESCENA SEXTA

Señor PEDRO y JULIO: Después PEPE

JUL. No extraño que en la aflicción  
 busque una sola razón  
 para lograr sus deseos,  
 ni que en locos devaneos  
 torture su corazón.  
 La soledad...

PED. (Con honda pena).

Hijo mío...  
 de vuestra ausencia el vacío  
 ninguno puede llenar;  
 os vais, y queda este hogar  
 triste, silencioso, frío...

En vano amigos consejos  
 vendrán a estos pobres viejos  
 de los que viven gozando...  
 ¡nosotros siempre llorando  
 por los hijos que están lejos!

Y os veremos en las flores  
 que pintan con cien colores  
 el jardín, y en la espesura  
 donde dicen su amargura  
 los poetas ruiсеñores.

En las cercas de la fuente  
 que repite lentamente  
 su sonata de dolor,  
 y en el sangriento color  
 trágico del sol poniente.

En el llano; en las laderas;  
 en los trigos y en las eras;  
 al dormir y al trabajar...  
 ¡Si nos dísteis paz sin tasa;  
 ¡si sois todo en esta casa!  
 ¡¡no nos hemos de acordar!!

JUL. (Conmovido).

¡Padre!...

PEPE (Entra por el foro derecha, malhumorado. Señor Pedro y Julio se levantan).

Y volvía en seguida,  
 dos horas de despedida...  
 ¡qué *tabarra*, cielo santo!

PED. Es que como os quieren tanto  
 les apena la partida.

PEPE ¡Ya, ya!... Valiente mareo.

(Remedando varias voces de mujer).

«¿Os vais pronto, según creo?...»

«Vaya, que volváis con bien.»

«¿Marcha tu hermano también?»

«Adiós, por si no te veo.»

«¡Cuánta tristeza me inspiran!...»

(Con precipitación).

Y los unos que me miran;  
los otros que me rodean;  
los viejos que lloriquean  
y las chicas que suspiran...

PED.

(Agradecido).

¡Pobres!... Con no ser dichosa  
su existencia laboriosa,  
el corazón maravilla...  
son la voz de esta Castilla  
noble, hidalga, bondadosa.

Sentires del labrador  
que en su rústico candor,  
para ensalzar el derecho  
lleva prendida en el pecho  
la diadema del amor.

Canción de raza, que brota  
de una excelsitud remota,  
y al vengar torpes agravios,  
pone contenta en los labios  
un cariño en cada nota.

Verso de patria querida;  
de una tierra desvalida  
sin honores ni fortuna,  
que se cimenta en la cuna  
y acaba cuando la vida.

(Pausa corta).

¿Por qué os vais?

JUL.

(Tristemente).

¡Todos lo mismo!

PEPE

(Con resolución).

Vamos por el egoísmo  
de luchar.

PED.

¡Terrible empeño!

PEPE

Este ambiente es muy pequeño...

PED.

(Sin dejarle concluir).

Y América un espejismo  
que os enloquece y os ciega;  
que en llanto todo lo anega  
y al fin la sombra germina  
en la ilusión que termina  
y el desengaño que llega.

¡Luchar! ¡Inútil porfía!...  
¿quién sabe tras este día  
los enigmas del destino?;  
¿qué lleváis para el camino  
más que loca fantasía?  
Juventud.

PEPE

JUL.

Nobles anhelos

de alzar en extraños suelos  
una bandera al vivir...

PEPE

(Interrumpiéndole).

Para más tarde venir  
a colmarles de consuelos.

PED.

(Como hablando consigo mismo).

Una ilusión concebida  
con ansias de nueva vida;  
muchas esperanzas juntas ..

(Dirigiéndose a sus hijos).

Voy a cuidar a las yuntas...

(Aparte: con desaliento).

¡Juventud!...

(A Julio y Pepe).

Vuelvo en seguida.

(Vase por el foro izquierda).

## ESCENA SEPTIMA

JULIO y PEPE

JUL.

(Muy preocupado).

No sé que extraña congoja  
me persigue y me atormenta...

(A su hermano).

La duda, Pepe, la duda...

PEPE

(Con más fortaleza que su hermano).

Aun es más triste la idea

(Se sientan los dos).

de que los años, crueles,  
nos dejen en la miseria.

(Con resolución).

Hay que ayudar a los viejos...

JUL.

(Dando visibles muestras de pena).

¡Los viejos!... Si te dijera  
que hay veces que me asalta  
un pensamiento que aterra...

(Pausa corta).

PEPE

¡Mira tú que si se mueren!  
Dios que por los pobres vela  
nos ayudará. No pienses  
desdichas y ten más fuerzas.  
¿No eres tú quien estos días  
soñaba nobles empresas;  
grandes proyectos, conquistas;  
horas de paz, cosas bellas  
gustadas entre cariños  
en hospitalarias tierras?

¿No eras tú quien noblemente  
pensaba—al igual que piensan

los hijos buenos—ser rico  
para extinguir la pobreza  
de nuestros padres ancianos  
y acabar con sus tristezas?

JUL. (Muy afligido).  
¡Es verdad, Pepe!...

PEPE Y ahora,  
cuando el gran momento llega  
eres menos fuerte y dudas,  
y te acobardas, y tiembblas...

JUL. (Con exaltaciones de cariffo):

No, Pepe, no; es otra cosa:  
es que me da mucha pena  
marchar y quedar tan sola,  
sin amparo y sin defensa  
la casa donde aprendimos  
a ser hombres, y quisiera  
llevármela: sabes, Pepe:  
con este hogar donde tantas  
noches de nieve y de niebla  
contamos cosas de amores  
y castellanas leyendas:  
con estos muebles sencillos,  
modestos, que nos rodean  
y que saben nuestras risas;  
nuestros goces, nuestras penas...  
¡Marchar con todo!

PEPE No digas  
delirios de los poetas:  
convéncete de que al cabo  
que nos marchemos es fuerza:  
seguir así no podemos;  
el hambre que nos acecha  
puede aniquilarnos...

JUL. (Convencido. Se levanta. Pepe levántase también).

Basta:  
pues que Dios lo quiere, sea.  
(Con mezcla de dolor y de fortaleza).

¡Iremos al fin!... Iremos  
a esas misteriosas tierras  
donde unos triunfan y a otros  
les es la fortuna adversa...  
Iremos, hermano mío  
llevando como bandera  
la vejez de nuestros padres;  
su gran dolor, su pobreza...

Y pues somos emisarios  
de las hidalgas leyendas,  
el sol que aquí nos despide  
allá, hermano, nos proteja.

EUSTERIO B. ALARIO-MONTES  
(Aurelio Bay)

(Continuará)

# Anales del Teatro Español

(CONTINUACIÓN)

**23 Noviembre.**—Estuvo en Valencia la compañía de José Antonio Guerrero, siendo segundo galán Alonso de Molina, gracioso Esteban Olmedo, tercer galán Diego de los Ríos, segunda dama Josefa Tomasa, tercera Juana Blanco, cuarta Antonia la Rosa.

1694

Falleció el poeta valenciano Francisco Figuerola, insigne dramático. Escribió loas, bailes y la mojiganga: *Fiestas de Valencia en el jardín de Flora*.

.....

Se autorizó la representación de la comedia *Las luces del Evangelio, San Simón y Judas*, por un Ingenio de esta corte.

.....

En los corrales de Madrid estuvo representando la compañía de Agustín Manuel, figurando como quinta dama Josefa Román, como cuarta Angela San Román y como sexta María de Villavicencio.

.....

Estuvo en Valencia la compañía de Juan Ruiz, llevando de tercera dama a Manuela Zavala.

.....

También estuvo este año representando en Valencia la compañía de Miguel de Castro. Iban en ella Juana de Robles, hermana de Teresa, María de Torres, María Luisa y Manuela de Torres. De primer galán iba Fernando de Salas y de cuarto Alonso de Robles.

.....

Murió en Valencia la comedianta Josefa Tomasa, mujer de José Navarro, músico. Era segunda dama de la compañía de José Antonio Guerrero.

1695

**15 Marzo.**—Lleva esta fecha la comedia, que poseía D. Agustín Durán, *El Apóstol de la Grecia, San Andrés*, atribuída a D. Andrés González de Barcia.

Se autorizó la impresión en Lisboa, del libro: *Musa entretenida de varios entremeses*, por Manuel Coelho Rebello da Villa de Pinhel, entre los que figuraban varios en español.

**21 Marzo.**—Murió el poeta dramático Alonso Martínez de Zaones.

**Marzo.**—El poeta D. Lorenzo de las Llamosas, imprimió en Madrid su obra: *Ofrenda política*. Llamosas era natural del Perú y escribió las comedias: *Amor, industria y poder* y *Destinos vencen finezas*, que se representó en Palacio en un cumpleaños del Rey Carlos II. Escribió también el baile: *El Bureo*.

**5 Abril.**—En las cuentas que presentaron los frailes de San Juan de Dios, de Málaga, se hace constar se debían al Conde de Buenavista 88.183 maravedises, parte de 600 reales que debían por bancos en tiempo de comedias.

**17 Abril.**—A la edad de 44 años falleció en Méjico la ilustre poetisa Sor Juana Inés de la Cruz, víctima de una enfermedad epidémica y contagiosa que diezmó su convento. Escribió muchas comedias, autos y loas, sobresaliendo entre las primeras *Los empeños de una casa* y *Amor es laberinto*.

**7 Octubre.**—Murió en Santarén el escritor dramático D. Esteban Núñez de Barros, abogado, que escribió las comedias: *Los apóstoles de Cristo*, *San Simón y San Judas*, *El honor vence el poder* y *La virtud vence el poder*.

**31 Octubre.**—El censor Lanini Sagredo aprobó la comedia *El saco de la gran Casa de la Meca*, original de D. Andrés González de Barcia.

**26 Diciembre.**—Empezó a representar en Valencia la compañía de Juan Ruiz, en la que figuraba como tercera dama Manuela Zavala, como segunda Juana M. Ondarro, como cuarta Manuela de Sierra, como gracioso Alonso de Olmedo y como vejete Francisco de Fuentes (Monguía).

## 1695

Nació en Nandóla el Jesuita Padre Pedro Serra, que escribió una tragicomedia latina que se representó en la Universidad de Evora para festejar los desposorios de los Príncipes de Asturias y del Brasil.

Actuó en Madrid la compañía de que era autor Carlos Vallejo, que siguió en los años 1696 al 1699. Figuró como cuarta dama Angela de San Román y como quinta Marfa de Villavicencio.

Estuvo en Valencia la compañía de José Antonio Guerrero. Hacía las terceras damas Juana Blanco, hija de Francisco Blanco y de María Escudero, y los terceros galanes Diego de los Ríos.

## 1696

**10 Febrero.**—Profesó en los Agustinos de Lisboa, el poeta Fray Antonio de San Guillermo, que escribió la comedia castellana *La fineza coronada*.

## 1696

Nació en Salamanca el poeta dramático Doctor Diego de Torres Villarroel, siendo sus padres el librero Pedro de Torres y Manuela Villarroel.

.....

Lleva este año la comedia *La esclavitud en su patria o los esclavos en Nápoles*, atribuída a D. Andrés González Barcia.

.....

Estuvo en Valencia la compañía de Juan Ruiz. Entre los que la componían figuraban: Antonio de Prado, Francisco de Fuentes, (segundo gracioso), Simón de Salazar (tercer galán) y Salvador López (cuarto galán).

.....

También estuvo este año en Valencia el autor José Antonio Guerrero. Iba con él, de segunda dama, Josefa Tomasa, mujer del músico José Navarro.

.....

En Madrid representó este año la compañía de Carlos Vallejo. Iban en ella Angela de San Román (cuarta dama) y María de Villavicencio (quinta dama).

## 1697

**1 Marzo.**—Nació en Valladolid el escritor dramático D. Agustín Gabriel de Montiano y Luyando, hijo de D. Francisco Antonio de Montiano y D.<sup>a</sup> Manuela de Luyando.

**Marzo.**—Nació en Setúbal el poeta dramático D. Victorino V. J. Amaral Pinel, hijo de D. Andrés Diniz Pereira y D.<sup>a</sup> Catalina de Amaral.

**1 Abril.**—Fué nombrado por el Consejo Real de Hacienda, Administrador de Rentas de Ocaña y su partido, el poeta dramático D. Francisco A. de Bancos Candamo.

**8 Abril.**—Empezó en el Corral de Comedias de Valencia, la Compañía de Juan de Navas. Iban en ella, Manuela de Sierra (tercera dama), Juana Blanco, mujer de José Peyró, cuarta dama, Antonia la Rosa, quinta dama, Alonso de Olmedo, gracioso, Juan Manuel Mendieta, segundo gracioso, Diego de los Ríos, tercer galán, Teodoro Modoro, sobresaliente y de guardarropa Diego Naranjo.

**25 Abril.**—La ciudad de Antequera concedió licencia a Carlos de Talavera, dueño de la casa de comedias, para una compañía de representantes.

**17 Agosto.**—Nació en Yelves el poeta dramático D. Ignacio Javier de Couto, hijo del Doctor Lope Gil de Couto, médico de los Reyes de Portugal. Cursó Teología en Sevilla y tomó el hábito de Trinitario,

siendo Procurador General de la Orden. Escribió las comedias: *La vida en trance mortal* y *El odio del amor*.

**29 Septiembre.**—Fué aprobada por Agustín Gallo Guerra, la comedia de Cañizares *El Sol de Occidente, San Benito*.

**28 Octubre.**—Se representó a SS. MM. en el Buen Retiro la comedia *Los triunfos de la hermosura y los infiernos de amor*, escrita por Carlos de Villamayor.

## 1697

Nació en Lisboa el poeta José Manuel Penalvo, que escribió varias comedias portuguesas, 22 loas algunas en castellano y 23 diálogos.

Murió el poeta dramático Juan Suárez de Gama. Estudió filosofía, leyes, y desempeñó la Real Hacienda en Setúbal.

Aparece con esta fecha la comedia que se cree autógrafa y poseía el Sr. Durán (A.), titulada: *El gran profeta San Eliseo*, atribuída a don Andrés González de Barcia.

Nació en Moncorvo el poeta Manuel Pereyra de Acosta, autor de la ópera *Achiles en Sciro*, traducción de Metastasio.

Se celebraron las fiestas del Corpus en Talavera, representándose una loa al *Nacimiento del hijo de Dios*, que escribió Andrés Hidalgo.

Lleva esta fecha el manuscrito, que existe en la Biblioteca Nacional, de la comedia de San Fernando de Frías y Santos, Calderón de la Barca y Villegas, *No hay agravios como celos, si son los celos ofensa*.

Se imprimió en Colonia la obra de D. Francisco de Leiba, poeta malagueño, titulada *Cuando no se aguarda y príncipe tonto*.

Produjeron los títeres que en este año se dieron en la Casa de Comedias de Málaga, 55,318 maravedises.

En las fiestas del Corpus que se celebraron este año en Madrid, se representó el auto Sacramental alegórico de Calderón de la Barca, titulado *El jardín de Falerina*, según consta en el M. S. que dicha obra existe en la Biblioteca Nacional.

Estuvo en Zamora la compañía de Juan Ruiz, a la cual ayudó la ciudad con 600 reales.

Estuvo en Madrid la compañía de Carlos Vallejo, donde iba como cuarta dama Manuela de la Cueva.

## 1698

**6 Enero.**—Nació en Castellón de la Plana la poetisa María Igual, después Marquesa de Castelfort. Era hija de D. José Igual y D.<sup>a</sup> Basilia Miquel.

**20 Enero.**—Falleció en Madrid la comedianta Fabiana Laura.

Era natural de Granada, bautizada en la parroquia de San Matías. Fueron sus padres el Doctor en Medicina D. Matías Andrés de Eslava y D.<sup>a</sup> Salvadora Hurtado. Fabiana se crió en casa de una tía suya, donde se daban representaciones particulares. Huyó de casa de su tía con las hermanas de Fulgencio López. Muy joven casó en Motril con Miguel Bermúdez. El padre de Fabiana era distinguido letrado, de esclarecida familia.

Fabiana representó en varias capitales y pasó luego a Cerdeña e Italia, regresando a Granada, donde sufrió desaires de sus parientes.

Su muerte fué edificante. Después de confesarse con un Trinitario Descalzo tomó un crucifijo y sus frases de arrepentimiento admiraron a cuantos la oían.

**16 Marzo.**—En el cabildo que celebró la Cofradía de N. S. de la Novena, se dió cuenta de haber fallecido en Madrid la comedianta Andrea de Salazar, hija del autor Carlos de Salazar y mujer de Damián Polop. Hizo damas y segundas en Madrid. Dotó una capellanía en honor de la Virgen de la Novena.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR  
Académico C. de la Real de la Historia

(Continuará).

## Registro bibliográfico

Nuestro distinguido colaborador D. Regino Martínez ha publicado últimamente dos notables obras: *Virgen de Vesta y de Cristo*, tragedia, y *Netique*, poema.

Aquella tragedia tiene por asunto un episodio de la historia romana, directamente enlazado con las persecuciones de los primeros cristianos. El señor Martínez ha sabido planear y desenvolver la fábula en forma que despierta vivísimo interés. Las galas de la versificación exornan la obra, que por todo ello ha tenido una acogida excelente de parte de la crítica. Puesta en escena esta tragedia, es seguro que causaría efecto inmejorable, no sólo por los méritos que reúne, sino por estar hábilmente dispuesta para vistosidades de tramoya.

*Netique* es un poema hondamente sentido. Composiciones de esta índole,

que afectan en lo más íntimo al poeta, son de las que se inspiran en el corazón y se escriben con lágrimas. Por eso a través de las estrofas del Sr. Martínez circula un hálito de dolor y amargura que causa emoción profunda. El poeta ha expresado su sentimiento con la verdad inefable que se desborda del pecho hasta inundar y anublar los ojos.

\* \* \*

*La literatura del Quijote* es un libro meritiísimo publicado por D. Luis Pérez Rubín, ya justamente renombrado en el campo feracísimo de las letras.

En *La literatura del Quijote* el Sr. Pérez Rubín interpreta a Cervantes, no del modo cicatero y menudo que pueda hacerlo quien sólo se fije en el sentido material de la frase, sino con la amplia mira de quien, a más de conocer la lengua castellana con todos sus resortes, ha sabido identificarse con el espíritu del Príncipe de los Ingenios.

Los pensamientos contenidos en el libro inmortal, sugieren al Sr. Pérez Rubín consideraciones llenas de filosófica enseñanza. Es, en suma, el libro a que nos referimos, uno de los más brillantes comentarios puestos al *Quijote*.

## Notas y comentarios

El día 12 de Octubre se conmemoró en esta ciudad, como en toda España y América, la *Fiesta de la Raza*.

Por la mañana, en el grandioso templo de San Benito, se celebró una solemne función religiosa, a la cual concurren todas las autoridades y numerosa representación de corporaciones y entidades.

Por la noche, también con la asistencia de autoridades y comisiones varias, se verificó una velada en el Ateneo. El Gobernador civil, Sr. García Guerrero, dió lectura a un discurso por todos conceptos notable; leyeron composiciones de autores españoles y americanos los Sres. Allué, Santander y Alonso Cortés; y, últimamente, cerró el acto el Rector de esta Universidad D. Calixto Valverde, con una jugosa improvisación que fué acogida con grandes aplausos.

Es esta una fiesta hermosa, que en bien de la fraternidad hispano-americana se debe fomentar por todos los medios.

\* \* \*

Bajo el título de *Un programa económico y financiero* se han recopilado—y hemos tenido el honor de recibir un ejemplar—los proyectos presentados a las Cortes por el ministro de Hacienda D. Santiago Alba.

En uno de nuestros números anteriores ya hicimos referencia a estos proyectos. La labor del Sr. Alba es de las que sólidamente subsistirán en el tiempo. Por razones políticas o de intereses particulares podrá hoy tener contradictores; pero pasando los años se reconocerá la importancia de esta obra ingente, que sin duda alguna ha de fijar una fecha en la reconstitución de la Hacienda española.